

A lo largo de los años, siempre he sentido lástima por el apóstol Tomás, en este Domingo. Al igual que el fallecido comediante Rodney Dangerfield, Tomás "no recibe respeto". Muchas de las homilías predicán críticamente de la incredulidad de Tomás al escuchar el informe de la Resurrección de Jesús y de su audacia de asegurarse doblemente de que no estaría viendo un fantasma o el de ser engañado cuando exigió de examinar físicamente las heridas de Jesús. En tanto que el predicador observa y la asamblea escucha con aire de suficiencia, y con actitudes de que "si hubiéramos estado allí hubiéramos sido como Tomás", pero se consuelan con la beatitud de Jesús al final del Evangelio cuando dice: "*¡Dichosos los que no han visto, pero creen!*" (Juan 20: 29). Quiero proponer otra perspectiva.

En un libro que recientemente leí contenía un capítulo titulado "La Liturgia de Nuestras Heridas: Tentación, Humildad y Fracaso". La tesis del autor es que llegamos a conocer y entablar una relación con Jesús por medio de las heridas— la suya y la nuestra: "Para los cristianos, la fe gozosa en Jesús Resucitado nunca pierde de vista el Crucificado. Dios en Cristo ha tomado a sí mismo el quebrantamiento de la condición humana. Por lo tanto, las heridas humanas, el quebrantamiento, y la muerte misma son transformadas de callejones sin salida en puertas hacia la vida. En la humanidad divina de Cristo, las magulladuras se convierten en bálsamo ". *... eran nuestras dolencias las que llevaba, eran nuestros dolores los que le pesaban, y por sus llagas hemos sido sanados*"(Isaías 53: 4-5). El cuerpo físico de Jesús glorificado a través de la resurrección todavía incluye las cicatrices, las heridas de su sufrimiento y de su muerte— marcas de los clavos en sus manos y pies, la herida abierta de la lanza del soldado en su lado derecho. Por cierto, Jesús resucitado precisamente es reconocido a través de sus heridas. Cualquier representación de Jesús resucitado sin sus heridas traiciona el Evangelio y la enseñanza posterior de la iglesia sobre el misterio de su pasión, muerte, resurrección y glorificación. El Jesús Resucitado es un Sanador con Heridas.

Al invitar a Tomás a probar con sus dedos las marcas de los clavos en sus manos y meter su mano en la herida del costado de Jesús que conduce a su corazón, es el símbolo de la Divina Misericordia, la cual hoy día la celebramos. Jesús está invitando a Tomás a entrar en una relación con él a través de las propias heridas de Tomás, y de sus dudas, y miedos. Al hacer esto, Tomás llegará a conocer la misericordia divina, el perdón y la curación, de modo que ahora, al "ver" no con la vista física, sino con los ojos de la fe, el podrá no ser más un "incrédulo, sino un creyente" (Juan 20:28).

Tomás es un modelo de fe para todos nosotros. Tomás nos enseña que no tenemos que ser "perfectos"—sin manchas, sin arrugas o sin marcas para que Jesús nos ame. Tomás nos enseña que nuestras imperfecciones—como los pecados, los fracasos, los sueños rotos— todo lo que está magullado o quebrantado dentro de nosotros— en ellos, Jesús resucitado nos espera en sus heridas y nos ofrece el bálsamo de su don del "Shalom"— misericordia, paz, y su perdurable presencia. Jesús, que resucitó de los muertos, no está lejos de nosotros—su misericordia nos llama a nosotros en nuestras heridas a través de sus heridas glorificadas.

En nuestra primera Lectura de los Hechos de los Apóstoles se nos presenta una imagen de una iglesia idealizada en el Nuevo Testamento, en la cual *“todo lo poseían en común y nadie consideraba suyo nada de lo que tenían”*. Aunque tal comunidad podría ser un sueño utópico, el mensaje es de una iglesia en la que todos los miembros se comprometen a ser agentes del amor y la misericordia de Dios los unos a los otros, especialmente los necesitados, los heridos. En nuestra segunda Lectura de la primera carta de San Juan se nos recuerda que debemos cumplir este mandamiento de amar a Dios y amarnos mutuamente. Esta es la iglesia parecida a un "hospital de campo de guerra", la que habla el Papa Francisco en su Carta Apostólica, "La alegría del Evangelio".

En la escena entre Jesús y el Apóstol Tomás, Jesús invita a Tomás, y por extensión a todos nosotros, a acercarse a él, a alcanzar dentro de su propio cuerpo de él. *"Si quieres alegría, poder, paz, vida eterna, debes acercarte a las cosas que los tiene"*, escribió el escritor espiritual C.S. Lewis en su libro, *Mere Christianity* (Mera Cristiandad). El Papa Francisco ha declarado que encontramos a Jesús resucitado en sus heridas cuando "hacemos obras de misericordia, en dando al cuerpo" y ministrando las necesidades físicas de nuestros hermanos heridos. La mera filantropía (escribir un cheque), declara el Papa, no es suficiente. "Debemos tocar las heridas de Jesús, y acariciarlas". Debemos curar las heridas de Jesús con ternura. Literalmente debemos besar las heridas de Jesús". La vida de San Francisco cambió cuando abrazó al leproso porque "él tocó al Dios viviente y vivió en adoración".

Lo que Jesús nos pide en nuestras heridas y en nuestras obras de misericordia es lo que Tomás pidió: de entrar en las heridas de Jesús y así creer.

Padre Jim Secora